

ICONOGRAFÍA

¿EL SACRATÍSIMO ROSTRO DE JESÚS "FOTOGRAFIADO"?

"Per mezzo di essa (la fotografia) abbiamo acquistato insospettate testimonianze a raggiunta la possibilità mai immaginata di fotografare nel secolo 19° il Sacro Volto di Cristo." (Véase abajo *La Passione*, p. 30.)

EL sentimiento de religiosa complacencia que el danés don Carlos Bratly, eruditísimo historiador del monarca más poderoso del mundo en su tiempo, Felipe II de España, nos causó con su libro *Felipe II Rey de España*, el año 1927, leyendo allí (p. 102): "En un estado casi místico en que entraba con frecuencia... pasaba horas enteras de rodillas ante un cuadro de Ticiano, que representaba al Salvador camino del Gólgota"; el mismo, y por la misma razón de proceder aquí el ejemplo de otra eminencia, médica, como allí soberana, acaba de reproducirnos la lectura de la obra *La Passione di Cristo, studiata della scienza medica moderna*, por el doctor pragense, R. W. Hynek (Milán, 1937).

Ciertamente acredita nuestra santa religión ante el mundo materialista e indiferente de nuestros días y la hace más amable a los creyentes, que ya la practican, el que una mano, usada con gloria al frío bisturí, viniendo a trocar éste por la pluma en un estudio acerca "delle impressioni" que "presenta la negativa del Sacro Volto del Redentore" en la Santa Sábana de Turín, "vera e reale immagine di Cristo", arranque al corazón frecuentes e inflamados afectos como los que expresan las siguientes palabras: "Gioia...! Entusiasmo...! Amore...! Cuale conforto dona con essa alle anime nostre il diletto Salvatore..." (pp. 37-38). Y más abajo (c. X), denotando en sí arrebatos mayores, exclama: "Viviamo qui le mirabili mistiche cerimonie del sabato santo allorchè, fra il giubillo delle campane e dei cuori, misterioso e rinnovatore risuona il canto: Il Salvatore è risorto! In questa semplice fotografia Cristo è morto e vivente ad un tempo! Ha la maestà del giudice e la dolcezza dell'amatò, l'ardore dell'apostolo del regno dei cieli, il tranquillo dolore dell'agnello del sacrificio, il coraggio eroico del martire, il fascino dell'amico e del redentore!"

Sí, este género de piadoso ardimiento sube de precio en un médico, es consolador y edifica; pero ¿servirá, o perjudicará más bien al conocimiento de la verdad objetiva, en que aquél debe afirmarse? Antes, ¿no ayudaría, por ventura, menos calor religioso, menos estro poético y un tanto más de serenidad y frialdad quirúrgica para ceder el principal lugar a la tranquila razón, hasta dejarla quieta y plenamente satisfecha, ora fuese afirmando, ora negando, desvanecida toda sombra de argumento en contrario? Porque es verdad que los hay y no nada débiles y que el casi único, alegado en favor suyo por el señor Hynek, es a saber, el de las señales de la sagrada Pasión, estampadas en el celebrado lienzo, sólo prestará, una vez probado que son tales, para confirmar la proposición de autenticidad, por otro camino ya previamente demostrada. ¿Por qué no más que así? Porque al fin y al cabo puede haber error de autosugestión en el juicio, nacida del convencimiento en que se está de ser aquella tela la verdadera mortaja del

Señor y tómaselo por vestigio de sangre o herida, cualquiera alteración de la misma a una con la pátina del tiempo, largo de una porción de centurias.

Asimismo, porque el cadáver en descanso por unas horas en esa sábana, nadie evidenció todavía que no haya sido el de otro judío que Jesús, Lázaro, por ejemplo, también resucitado, o el de otro, impedida por unos días la corrupción artificialmente; en cuyo caso los juzgados indicios de sangre serían pura obra de la fantasía, ayudada por una devoción cristiana tomada a descuido, ignorante o candorosa en extremo. De fantásticas pecan, a no dudarle, muchas de las observaciones que el claro doctor, en los capítulos 5º y 6º nos refiere muy por menudo haber hecho sobre este punto: "Sangue . . . uscito dalla nuca" a punta de espina; reconocimiento de la clase de flagelo empleado en los azotes y número de éstos, 80, y llagas, "piaghe della lunghezza di tre centimetri e che si trovano sempre a due a due"; ítem que "la ferita" (del costado) se muestra "larga 4 cent. e mezzo e alta 1 e mezzo" y el tejido de la mortaja "è imbevuto abbondantemente di siero sanguigno, comúnmente detto *acqua*": de modo que "coi nostri occhi e dopo tanti secoli vediamo quel sangue e quell'acqua che sgorgarono del Cuore del Salvatore, etc." Donde de pasada no dejaremos de anotar que esta interpretación de *acqua* por *süero sanguíneo* debe rechazarse en buena teología y legítima hermenéutica.

En tercer lugar, porque igualmente cabe en absoluto suponer que nos hallamos ante un trabajo del arte pictórico, apelando a que en virtud de algún elemento en acción química, para nosotros desconocido aún, se hubiesen trastornado luces y sombras en el artefacto, en manera que la pintura quedase como el negativo en una placa. Diríase que el pintor del siglo XVI, Julio Clovio (véase en la lámina nº 7) a tanta distancia de la fotografía, no concibió otra explicación; pues, queriendo representar la impresión de los miembros de Jesús en el sepulcro, finge unos ángeles en ademán de atraer la atención hacia el lienzo mortuorio, en el que aparece la divina imagen repetida, opuestas la una a la otra por los pies, y copia la primera de la que contempló en la realidad de la sábana turinesa (lámina nº 3, a), en tanto que en la segunda, corrigiendo el claroscuro, nos la ofrece en su forma directa y natural: allá, nos expresaríamos hoy día, el negativo, acá el positivo (lámina nº 3, b). En la cual suposición cuanto se nos relata de la sangre y heridas visibles en el tejido, debería aceptar, por igual, la respuesta anteriormente indicada.

Delineadas a su vez estas hipótesis en hecho a cortar el apretado nudo histórico de la Santa Sábana, quizá puesto alguno a impugnarlo más de propósito y eficazmente, es nuestro modesto parecer que podría hacerlo, tomando armas de otra triple consideración, esto es, de la cabeza y rostro en sí mismos, primero; luego de la manera de disponer el cuerpo para la sepultura y, tercero, del testimonio que hubiere dejado de este particular la historia.

É, investigando en la fisonomía del retratado, sorprende, ante todo, la edad que le señala, que a nosotros nos parece de alrededor de 70 años; cuando es cierto que debería sugerir la de 33 a 35, pues tantos tenía Jesús cuando murió. Hasta la "stigmatizzata de Konnersreuth" se lee en la p. 86, como se le mostrasen (año 1932), "le nuovissime fotografie de Enries, del S. Volto della Sindone", comenzando a derramar "lagrime di sangue" y a la par "confessando che quella fotografia riconosceva il Gesù delle sue visioni" no pudo menos de hacer la salvedad: "solo piu vecchio". Las palabras que para enflaquecer esta opinión agrega a renglón seguido el escritor: "Ed è naturale, vorrei aggiungere io, considerando l'indicibile martirio del Redentore e la grave perdita di sangue e di sudore che gli subì immediatamente prima della morte", a nadie, creemos



1. Rostro de Jesús (sábana).
Vejez.



2. Rostro de Jesús (Velásquez).
Juventud.



3. Imagen doble.
Positivo-negativo.

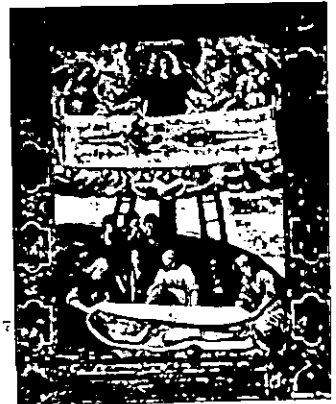


4. Retrato de Jesús,
sin cabellera.
S. III, 3^o/4.

5. Retrato de Jesús,
con cabellera.
S. IV, 4^o/4.

6. Resurrección de Lázaro. Mosaico de Raven-
na. S. IV (con ligaduras).

7. Entierro de Jesús, por J. Clovio. S. XVI
(sin ligaduras).



han de convencer. No, las facciones de un rostro en este caso, ni en otro alguno, las convierte el soplo helado de la muerte, máxime violenta, de propios de un varón entrado en el cuarto decenio, en las de quien recorrer, aunque con buen pie, o terminó el sexto.

Una segunda particularidad es de discernir todavía, la cual no se opone menos a que lo tengamos como del Mesías: "la frattura dell'osso nasale nel terzo superiore" (p. 44). En efecto, sabemos por vaticinio de Isaías que *ningún hueso* le habian de romper, y haberse cumplido lo hace constar el apóstol presente a su muerte (San Juan, 19, 36). Luego ese rostro no es el divino que inquirimos, porque la fotografía no nos miente.

Y ¿qué decir de la configuración del mismo? En la apreciación del señor Hynek, que: "Egli ha una incomparabile maestà ed'una bellezza cominvente" (p. 130). ¿Majestad incomparable?... La que reviste todo semblante, en el que se eclipsó la vida. ¿Belleza que conmueve dulcemente?... ¿Una faz que no es ovalada, sino rectangular?; ¿una faz en cuyas mejillas se patentiza un infarto? Porque hasta a nuestro doctor no se le oculta, afirmando que: "Specialmente la guancia destra è notevolmente enfiata, in causa dei colpi ricevuti prima della morte (¿y dónde consta esto?) e un gonfione que si estende ed aumenta nel solco fra il naso (legermente piegato verso sinistra), la guancia e le labbra"; una faz en que "l'arcata del sopracciglio destro, pure moderatamente gonfia e continua il gonfiore più pronunciato della parte interna dell'occhio destro", lo mismo que "il labbro inferiore della bocca chiusa e la parte sinistra del mento... notevolmente gonfiate" (p. 44); y, en fin, en la que "il viso appare allungato" ¿cómo podrá a nadie parecer hermosa y agraciada, cuando todo defecto esencialmente tiende a restar hermosura, y aquí se hallan tantos reunidos? ¿Cómo no ha de sonar luego extrañamente el hiperbólico elogio que, no obstante de esto, se le dedica (p. 24), diciendo de ella: "nessun artista mediovale mai seppe raggiungere (bellezza); di una tal perfezione che solo potrebbero (le impressioni anteriori) dirsi opera del genio di Michelangelo?"...

¿Y sería éste el retrato de Dios en la tierra, el de aquél, cuyos labios derraman la gracia y es el más hermoso entre los hijos de los hombres? (Ps. 44, 3). Muy de grado, señor Hynek, preguntamos también con V.: "Poteva avere in se qualche cosa di brutto il Figlio della Vergine, la più perfetta bellezza spirituale; quello che solo Suo aspetto doveva avvicinare a se le moltitudini; il nato da colei che la S. Chiesa canta *tutta bella*"? (p. 128). Por lo mismo, porque había de carecer de toda deformidad, no es el de la Sábana el Hijo de la "toda hermosa". Y será inútil distinguir, trayendo el dicho del "focoso predicatore torinese, P. Segneri... *deformità che innamorà*". Deformidad, al fin, mal compadecida con la autenticidad del discutido lienzo; ni se entiende, o mejor, hay que negar que pueda atraer, *enamorar* lo que es feo, como muy acertadamente enseña San Agustín: "Nisi enim esset, escribe (Confess. IV, c. 13), in eis (in creaturis) decus et species, nullo modo nos ad se *moverent*."

Observado lo cual, trasladando la mirada por unos momentos a las imágenes nº 1 y nº 2, compáreselas entre sí y dígasenos ¿en cuál reside ese divino aspecto de Majestad ponderado; en cuál, a la par, resaltan las dotes de integridad, claridad y proporción esenciales de la belleza; en cuál, consiguientemente, se verifica la definición de ésta, dada por Santo Tomás: "Bellas son aquellas cosas, que, vistas, deleitan, llevando cautiva nuestra atención"? Nos parece oír unánime la respuesta a flor de labio: En la obra maestra del gran pintor español, Diego Velázquez de Silva. Pues ¿qué? Si esto no podemos menos de sentir ¿no diremos también que habrá sido muy otra la verdad histórica de como lo anuncia la Sábana de Turín?; ¿que es apócrifa esa figura?

Hable otra vez ella y no en propia ventaja; hablen esos cabellos peregrinamente rígidos como manojos de hilos de plata y que, abundantes, a pesar de la vejez del rostro, bajan, sin tocarlo, a descansar en los hombros. Porque nosotros sentimos al pregonero de Cristo San Pablo que clama (I Cor. 11, 14-15): "No es decente al varón el dejarse crecer" largamente "la cabellera", sino que esto es propio de la mujer, como gloria suya; supuesto que "los cabellos le han sido dados a manera de velo para cubrirse".

Los mismos romanos de aquel tiempo, al solo favor de la ley natural discurrieron parecidamente, hasta tener por liviandad y nota de afeminamiento esa manera de curárselos; lo que expresaban con gran copia de sinónimos, consumando la censura: "delicati, crisputi, criniti, capillati, torquati, comati, calamistrati, cincinnatuli", esto es: ciertos mancebos mal reputados, que servían a la mesa de grandes señores (véase Cic.: *In Catil.*, II, 10; *In Pison.*, XI, 25; *Pro Sext.*, VIII, 18; *In Senat.*, V, 12; *Petron.*, 27, 29, 57, 70; *Mart.*, XII, 70, q., III, 58, 31; *Apul. Met.*, II, 37, etc.): censura no sólo usada en Roma, mas, en un modo general, en todas partes, como lo advierte el sabio comentarista de San Pablo en el lugar citado, J. Knabenbauer, por éstas palabras: "Ubique fere terrarum ea invaluit consuetudo, ut vir *comatus*, velut *effeminatus* despiceretur, mulieri vero coma promissa honori et gloriae esset." La misma observación hace Kortleiner, muy cursado en Arqueología bíblica, acerca de los judíos de la época evangélica: "Apud *iudaeos* posteriores, vero, vir *comatus*, velut *effeminatus* despiciebatur."

¿Quién, pues, no comprende la grave injuria y aun blasfemia dirigida contra la santísima persona del Señor, que habría en igualarlo, no fuera más que en esto, con aquellos vanos y licenciosos jóvenes, y cuán inaceptable es que el discípulo reprochara a su Maestro, reprobando lo que él habría practicado? ¿Qué utilidad, por otra parte, hubiese habido en diferenciarse por aquí de los Apóstoles y en ofrecer campo a la burla y desprecio, cuando necesitaba de crédito de virtud para persuadir su nueva doctrina y a las pasiones de los hombres tan opuesta?

Por aquí se apreciará cuál debió ser en este particular el sentir de aquellas cristiandades de los tres primeros siglos: en verdad no otro que el propuesto. Manifiéstalo el nº 4, exhibiendo en la 4ª parte del siglo III y en el cementerio romano, llamado "della Nunziatella", la más antigua representación que poseemos del divino Maestro. Caído el estuco en una parte del semblante y, así, algún tanto desfigurado, permítenos, sin embargo, que advirtamos la disposición del cabello, consecuente a las consideraciones anteriores, esto es, corto y algún tanto por asentar. La primera pintura nº 5, que lo prolonga, y enrizado, data de fines del siglo IV o principios del V, en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino (WILPERT: *Le pitture*, etc., tabb. 75; 252); tipo que trasladado a Bizancio y de allí extendiéndose por Oriente y Occidente, lo perpetuaron los maestros del Renacimiento, no sin especial voluntad del cielo, tal vez, porque, comunicando por este medio un carácter privativo a la adorable persona del Salvador, lo han acomodado a los gustos de cualesquiera razas y pueblos, y hécholo grato a todos al no hacerlo de ninguno.

En conclusión: luego la efigie marcada en la Sábana de Turín; en virtud de suponer el cuidado del cabello profusamente largo, no puede haber procedido directamente del cuerpo de Jesús, y, en consecuencia, el viejo monumento del siglo XI o XIII, debe abandonar su pretendido derecho de autenticidad.

Tampoco son más orillables las objeciones, derivadas de otras tres fuentes de estudio, sobre el modo que en acondicionar el cadáver con aromas, unguentos y hierbas olorosas se guardó, cuales son: el lavado del mismo, la unción y el amortajamiento.

Pues, por lo tocante al primero, del que sólo en una imposibilidad se dispensaban los judíos, trae consigo el que la sangre de las heridas, pegada al cuerpo, totalmente desapareciese, aunque fuese mucha: "Innumerevoli traccie del Divin Sangue" (p. 102). Lo reconoce Hynek, declarando en una cita: "Dopo averlo lavato... (Cio è da escludere perchè altrimenti non avremmo, come spiego in altre parte, le mirabili impronte)" (p. 88). ¿Fué la lavadura omitida? ¿Qué es lo que hace fe de ello? Porque, admitido que el tiempo apremiaba, ya que eran las tres de la tarde cuando expiró el divino Crucificado y a las seis había de estar terminada la honra del sepelio, hacíase, sin embargo, hacedero con alguna diligencia realizarla, como vemos que este espacio de tres horas les bastó a los mozos que llevaron el cadáver de Ananías, desplomado a los pies de San Pedro (Act. 5, 7). Que, si aquí hay que tener en cuenta el trabajo de quitar el cuerpo de la cruz, débese por igual advertir que estaba éste, contra la común opinión, originada en parte de los pintores, al alcance de la mano, según que lo indica el que un soldado, asiendo un tallo de hisopo, cuya longitud es como de 42 centímetros, logró aplicar una esponja narcotizante a los sedientos labios del Salvador (Jo., 19, 29): y, segundo, que el lugar de la sepultura distaba del de la crucifixión muy corto espacio.

Agréguese que en aquélla, conforme significa San Juan (19, 40), haciendo constar, sin mencionar la *unción*, que el cuerpo fué ligado: "Et ligaverunt illud linteis cum aromatibus", empleáronse las especies odoríferas, no en forma de unguento, mas en estado de endurecimiento: a denotar el cual extendíase aquel vocablo, como se hace manifiesto de la frase de San Marcos (II, 1), al señalar el intento de las piasos mujeres en su ida al sepulcro, por la madrugada del domingo: "Ut ungerent Iesum", para ungir a Jesús; porque aun al menor sentido común repugnará el que se apercebieran a deshacer la obra de José de Arimatea y Nicodemus y que habían de atreverse a practicar, contra toda conveniencia, una acción más propiamente unguentaria en el santísimo cuerpo del Redentor. A la vez es de tomarse en consideración que el motivo de esos cuidados, sea en la forma que se quisiere, no era el de preservar de la corrupción los restos del finado; que el cuarto día prevenía Marta al divino Taumaturgo: "Ya hiede", refiriéndose a su hermano Lázaro; "pues hace tres que murió", observaba como cosa que regular y constantemente se cumplía; sino que miraban a rendir un cariñoso homenaje a la memoria del que les había la muerte arrebatado. "Quare myrrahn intellige non liquidam, sed arefactam", comenta Knabenbauer; con lo que rescatábase el tiempo, abreviando la operación.

Ahora bien, efectuado el tratamiento del cadáver por esta última traza de aridez de la mirra y áloe, a una con nosotros sostiene el autor de *La Passione*, etc., que no pudo ocurrir la impresión del santo cuerpo en la sábana, atento a que faltarían las condiciones requeridas en "la teoría dell'azione chimica a distanza o vaporigrafismo", hallada por Vignon, y cuyo fundamento "sta nella constatazione di fatto che l'áloe, sotto l'influenza di un agente chimico, si transforma in una indelebile sostanza colorante detta aloetina che viene avidamente assorbita dal tessuto di lino" (pp. 27-28); lo que exige el áloe en estado oleoso.

Por donde, finalmente, tenemos que, no habiendo podido alcanzar gota de sangre a la sábana, a causa de un esmerado lavatorio, ni formarse, por falta de la acción química necesaria, imagen de cuerpo humano depositado en sus pliegues, la de Milán, que aseguran contiene abundantes vestigios del venoso líquido y a la vez un diseño de varón, no es, ni puede ser la auténtica mortaja que nos ocupa.

Contra esta misma sentencia brinda nueva arma el pormenor, que recogió el discípulo amado y conocemos ya: "Ut ligarent illud." Ello incluye la sábana, "sindon" de los sinópticos y una venda o faja que, descendiendo del cuello a los pies, la mantenga, al rodearla, adherida al cuerpo. Esta es también la idea que del modo de disponer los despojos de la muerte, entre los judíos, tiene el pintor de fines del siglo II, como lo enseña la imagen existente en la catacumba de Priscila. Representa la salida de Lázaro vivo del sepulcro, en pie, envuelto el cuerpo y ligado, con sola la cabeza al descubierto, después de remover su propio lienzo mortuorio.

Ni pasados cinco siglos, el artista que labró los mosaicos, adorno de la antigua catedral arriana, San Apolinar Nuevo, en Ravena, muestra conocer diferente disposición del cadáver, al tratar el mismo argumento (lámina nº 6).

Dos consideraciones más es posible hacer todavía: primera, que en el caso de la impresión, la parte superior de la figura estaría retratada en el pañuelo o sudario, mientras que el tronco parecería como decapitado en el lienzo mayor o sábana; contra lo que en realidad sucede. Que sábana y sudario eran dos piezas distintas y no una con dos nombres, lo manifiesta San Juan, cuando (20, 7) afirma haber visto esta última, arrebujada en sitio aparte de la cámara fúnebre y no junta con los otros lienzos ("lin-teamina"); significando con esta palabra más general la mortaja propiamente dicha y las ataduras que la sujetaban, una y otras de lienzo; cosa que tampoco al doctor Hynek se le pasa por alto, pues escribe: "Ma era necessario osservare, almeno esteriormente, gli usi communi, ossia cubrir subito il volto dell'estinto con un sudario e fasciare, almeno un poco e rapidamente, le altra membra" (p. 106).

La segunda consideración es que, apretada diferentemente la sábana al cuerpo por el vendaje, no se nos alcanza cómo por, vía natural pudo formarse en su superficie la imagen negativa (lámina nº 3, a), tan regular y de fina línea, que contemplamos en el lienzo turinés. Probablemente para salir a esta dificultad ideó el pintor arriba mencionado, J. Clovio, que el cadáver del Señor no fué envuelto, sino cubierto y, por lo mismo desligado, en la forma que vemos en la lámina nº 7. Mas no es la voz de la pintura, de la que anotó Horacio: "Quidlibet áudendi semper fuit aequa potestas" (*Ep. Ad pis.*, v. 10), la que ha de ser oída en la cuestión presente, sino la de la historia, "lux veritatis", como la llamó León XIII en su epístola *De studiis historicis*, dada en 1883. Y he aquí que nos entramos en un tercer género de argumentos al escudriñar qué fuerza tienen los tomados a préstamo de la tradición cristiana, y si pueden admitirse estas palabras del eminente médico, o, por el contrario, debe dárseles de mano, como a destituidas de verdad: ... "Tradizionale reliquia costantemente venerata e conservata con grande rispetto nei secoli cristiani."

Ante todo importa asentar que la tradición, bien sea oral, bien sea escrita, no es declarada fuente histórica, sino a precio de que haya nacido con el hecho mismo que transmite y nunca cesado en el curso de los tiempos. ¿Descúbrese esta condición en el suceso que estudiamos? O, lo que equivale a ello, el evangelista que atestiguó la presencia, aparte, del sudario en la cámara interior del sepulcro; puesto que no pudo por menos de reparar en la figura de su adorado y querido Maestro, si allí quedó fijada, y fuera cosa tan extraordinaria y tan digna de saberse, ¿dejónoslo registrado en su evangelio? Nada de eso: luego no vieron tal sus ojos. Y si él no ¿qué otro apóstol, discípulo o amigo de Jesús, y de qué modo? Nadie nos ha dejado el más remoto atisbo del inte-

resantísimo detalle, el auténtico retrato del Salvador. Entonces será lógico que concluyamos: si hay tradición formada, ésta no salió, como de raíz, del hecho mismo.

Por lo menos en el siglo VII ¡venerable antigüedad! óyese, se nos replica, su voz en una carta del insigne obispo de Zaragoza, San Braulio, enderezada al que le sucedió en el episcopado, el abad Tajón. "Fanno cenno di essi S. Braulio, vescovo di Serragozza nel 7º secolo, S. Giovanni Damasceno nelle 8º secolo" (p. 12). Y el Reverendo Padre A. Eschbach en *Le Saint Suaire de Notre-Seigneur, vénéré dans la cathédrale de Turin* (Turín, 1913), apunta: "La première mention expresse d'un linceul ou suaire portant une image ou une représentation du Christ, date de la fin du VII^e siècle, et se lit dans l'ouvrage d'Adamnan, abbé d'Iona, sur les Lieux saints."

Pero no, ninguno de los tres escritores, sin duda antiguos, doctos además, y santos, puede ser invocado en calidad de testigo de una contemporánea tradición.

Y, cediendo el primer puesto al más antiguo, el prelado zaragozano, lo más conducente a nuestro propósito estimamos que es copiar aquí su texto. Dice así: "Sed et illo tempore notuerunt fieri multa quae non habentur conscripta, sicut de lintheaminibus, et sudario quo corpus Domini est involutum (en lo que hay impropiedad, pues el cuerpo del Señor no fué revuelto con el sudario sino inadecuadamente, esto es, la cabeza), legitur quia fuerit repertum, et non legitur quia fuerit *conservatum*, etc." (Mg. 80, 689). Cuya recta interpretación es que, en vida de Cristo nuestro Señor, pasaron muchas cosas, las cuales no se escribieron, entre ellas, que se conservaran la sábana y sudario de su sepultura, contentándose con notificarnos haber sido hallados. Nada más claro para cerciorarnos de que eran desconocidos en su tiempo, de forma que no sólo no depone Braulio en favor de la tesis milanesa, sino que depone totalmente en contrario. De aquí nuestra sorpresa cuando en *Le suaire* encontramos vertido: "Aussi bien plusieurs choses non consignées dans les Ecritures ont été *révélés* de *notre temps*, notamment ce qui concerne les *linges* et le *linceul*, dont fut enveloppé le corps du Seigneur (dans son tombeau), dont la *découverte* a été *consignée par écrit*" (p. 9), entendemos que "découverte et consignée" también "de *notre temps*", esto es, en el de Braulio...!

Al íntimo amigo de San Isidoro de Sevilla sigue en orden cronológico el abad San Adamnán, irlandés; muerto en 705. Desde luego conviene advertir que en su escrito *De locis sanctis*, de donde procede el testimonio; por lo que atañe a la Santa Sábana, no hay ni siquiera mención, mas únicamente del sudario; y es para decirnos, a vueltas de un no sé qué de fantástico e inventivo que penetra todo el relato: "In sepulcro suo super captum habitum (Salvator) positum (sudarium)." Una segunda tela, conmemora en seguida, tejida, según es voz ("ut fertur") por las manos de la Santísima Virgen María, de color verde en una superficie, rojo en la otra y que lleva diseñada la imagen del Salvador: "in quo videlicet *lintheo*... (habetur) ipsius Domini imago *figurata*!" (Mg. 88, 787). ¡Sencillez, credulidad excesiva infantil!; pero, en fin, que aun suponiéndolo todo ajustado a verdad, ni poco ni mucho dañara a la negación de la sentencia afirmante, como quierá que la histórica mortaja consta en el sagrado Evangelio haber sido comprada y, de otro lado, no se trata de imagen, debida al contacto inmediato de cuerpo sepultado.

Sin embargo, la pluma que oscurecía arriba y aun alteraba el texto brauliano, refleja con no menos infidelidad ahora este pasaje de Adamnán, escribiendo así (p. 10): "La première mention expresse d'un *linceul* ou *suaire* portant une *image* ou une représentation du *Christ*, date de la fin du VII^e siècle, et se lit dans l'ouvrage d'Adamnan, abbé d'Iona, sur les Lieux saints."

En tercero y último lugar ¿qué aporta de más valor el autorizado testigo de la primera mitad del siglo VIII, San Juan Damasceno?: absolutamente nada, sino que en el discurso tercero acerca de las sagradas imágenes (Mg. 94, 1354), atento a darnos una lista de sitios y objetos diferentes, que cumple tener en estima o adorar: καὶ ὄν προσκυνοῦμεν siempre que existan, a causa de la relación estrecha que han tenido con la obra de nuestra redención, nombra ¿la mortaja tal vez?: no, pero los lienzos, en general, empleados en el acto de la sepultura; concepto expresado, como hemos visto, con la dicción "linTEAMINA", lienzos, por la Vulgata; porque, si se pretende que σινδώνας reviste la significación de mortaja precisamente, supuesto caso que va en número plural, habremos de afirmar que el intrépido y elocuente defensor del culto a las imágenes religiosas, estaba en la persuasión de haber sido el divino cuerpo envuelto en dos, cuando menos, de esas funerales telas...

En suma, que inutilizadas todas tres, las aducidas autoridades y, siendo a la vez falso de todo en todo, que "a cura dell'Imperatrice S. Elena tutte le reliquie della Passione vennero raccolte a Constantinopoli" (p. 13), porque ninguna otra, fuera del Santo Sepulcro, se descubrió en su tiempo de la santa (Elys.: *Vita Const.*, III, 25, 43), no les queda a los sostenedores de la creencia turinesa más reducto que la ciudad de Constantino, en la cual no es fácil precisar por qué solicitud o rarísima coincidencia, mejor, por qué prodigio "à la fin du XI^e siècle" vinieron a juntarse "toutes les reliques se rapportant à la vie et à la passion de Notre-Seigneur Jésus-Christ", y, como si esto fuese poco, "aux principaux personnages de l'ancien et nouveau Testament" (ESCHBACH: l. c., p. 12). Y en una nota de la página siguiente pregúntase muy gravemente a sí mismo: "Comment et à quelle époque furent transférées ces précieuses reliques de la passion dans la capitale de l'empire d'Orient?" Y responde: "Nous l'ignorons." Así: ¡de ignorancia en ignorancia! Mas de las tinieblas ¿qué luz de certidumbre, qué verdad pudo nunca brotar?

A la que nosotros hemos procurado difundir con la declaración de las citas alegadas, plácenos añadir un nuevo aumento, aduciendo la que es como un eco fiel de los cuatro primeros siglos, la del esclarecido doctor de la Iglesia católica San Agustín, y es como sigue: "Dominicae facies carnis innumerabilium cogitationum diversitate variatur et fingitur (*De Trinitate*, VIII, 4), esto es: Las facciones de la persona del Señor, referida a los años de su mortalidad, compónense y varían de infinitos modos. Lo mismo exprimía otro Padre, en el siglo II, el obispo San Ireneo, discípulo de San Policarpo, quien, a su vez, lo fué del apóstol y evangelista San Juan: prueba manifiesta de que no se poseía retrato auténtico de Jesús en aquellos tiempos y, por ende, tampoco la Santa Sábana de Turín. Luego la verdadera, la originaria tradición cárgala de ilegítima, la desdeña y arroja de sí.

En fin, y por remate de estas modestas consideraciones, hechas en orden a conocer mejor la nuevamente agitada cuestión, permítasenos formular tres preguntas, por si acaso mereciésemos de alguno de los partidarios de la afirmativa el favor de ser ilustrados con una satisfactoria respuesta.

1^a Si realmente, y no por milagro se estampó en la mortaja de Jesús su vera efigie; en la de su augusta Madre, de idénticas condiciones, preservada ésta también de la descomposición y resucitada, y siendo así que las causas físicas necesarias necesariamente obran los mismos efectos en la igualdad dicha ¿por qué no se estampó la propia de María? Puesta ya la Iglesia entonces en mejores circunstancias, a buen seguro que, considerándose honradísima con tal reliquia no había de faltar en conservarla cuidadosamente, ni

en transmitir, cuando menos, su memoria de generación en generación a los siglos venideros, parecidamente a como ha hecho con su tránsito y asunción gloriosa a los cielos.

2ª En la página 19 el doctor Hynek nos refiere un segundo caso de este género de estampación cadavérica, ocurrido en la envoltura del soberano egipcio Rha (siglo XVI a. J.); y, en particular, dice: "Su questo grande tessuto, un pò ingiallito, vediamo nel Museo di Torino) chiaramente i contorni di un alto cadavere maschile impressovi delle due parti e cioè di fronte e dal dorso." ¿Por qué, pues, habiendo sido encontrados tantos otros cadáveres a este tenor, solamente en esos dos, el de Jesús y el de Rha, constaría haberse realizado el curioso fenómeno?

3ª ¡Cuánto color de verosimilitud, en parte, no ganaría la opinión afirmativa, si nos ofreciese un tercer caso, sucedido, como si dijéramos, a nuestra vista! En consecuencia ¿por qué el bueno de nuestro médico, señalado en su arte y ciencia, tanto como por su piedad religiosa, no haría la prueba de tomar un cadáver y previo embalsamamiento para retrasar la descomposición, lo unge con mirra y áloe al uso palestinese y egipciaco, del propio modo que el de Cristo, y, repuesto sobre una mesa entre dos pliegues de sábana, el espacio del tiempo que estuvo aquél en el sepulcro, no nos comunica por escrito y por fotografía lo observado? Sabrosos por extremo agradecidos y enseñados nos dejaría su ahidalga gentileza.

Dábamnos por terminado este escrito, cuando he aquí que, recorriendo el último número, recién llegado, de "Analecta Bollandiana" (tomus LV, fasc. III et IV), nos encontramos con la nota bibliográfica: "J. FRANCEZ, s. J.: *Un pseudo-linceul du Christ*. Paris, Desclée-De Brouwer, in 8º, 59 pp. gravure", de la que juzgamos útil hacer aquí mención, así como a manera de escolio.

En tal lienzo, largo de 2,81 m. y de 1,13 m. de ancho, con historia casi igual al de Turín, llega a Cadouin, en el Périgord, entre los años 1115-1120 por conducto de un cruzado y con la pretensión también de ser la Santa Sábana, que envolvió el cadáver venerando del Redentor, aunque sin la de llevar en sí impresión alguna suya. Y, admitida fácilmente su autenticidad, recibió especial culto religioso, en pacífica posesión hasta ayer, que examinada, con aprobación del Ordinario de Périgeux, por el Padre jesuita, arriba nombrado, y un especialista, M. Gastón Wiet, ha quedado fuera de toda controversia ser de origen fatimita, un tejido de fines del siglo XI, y, en consecuencia, el prudente prelado ha dispuesto "suspendre, jusqu'à nouvel ordre, les fêtes traditionnelles (de ocho siglos) célébrées à Cadouin à l'occasion de l'ostension du Saint-Suaire". Después de lo cual encareciendo la noble actitud del diocesano, exclama el erudito bolando, H. Delehay, s. J.:

"Puisse ce grand et trop rare exemple ne pas rester isolé."

Y prosigue: "Avec de la bonne volonté et la prudence nécessaire, on pourrait procéder à quelques autres "exécutions" du même genre, et il ne faudrait pas attendre, pour soustraire à la vénération des fidèles certains objets suspects, que l'on trouve écrit dessus: *Ceci n'est pas une relique*. Une solide connaissance de l'histoire et des antiquités ecclésiastiques suffit, dans bien des cas, à donner, en ces matières, la certitude requise, et à faire justice de vagues traditions, dont on s'autorise pour authentifier des reliques invraisemblables..."

JUAN PLANELLA.